

Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento*

Tim Ingold**

Quiero discutir, en este capítulo, contra la noción de espacio. De todos los términos que usamos para describir el mundo en que vivimos, este es el más abstracto, el más vacío, el más indiferente a las realidades de la vida y la experiencia. Consideremos las alternativas. Los biólogos dicen que los organismos vivos habitan en el *ambiente*, no en el espacio, y como quiera que pueda ser, los seres humanos somos sin duda organismos. A lo largo de la historia, tanto cazadores y recolectores, como agricultores y pastores, las personas han realizado una vida en la tierra, no en el espacio. Los agricultores siembran sus cultivos en el *suelo*, no en el espacio, y realizan la siega en el *campo*, no en el espacio. Sus animales pastorean en el *prado*, no en el espacio. Los viajeros hacen sus travesías a través del *país*, no del espacio, y en su recorrido posan sus pies sobre el *terreno*, no en el espacio. Los pintores colocan sus caballetes en un *paisaje*, no en el espacio. Cuando estamos en casa, estamos *adentro*, no en el espacio, y cuando salimos estamos *afuera*, no en el espacio. Llevamos la mirada hacia arriba y vemos el *cielo*, no el espacio, y en un día ventoso sentimos el *aire*, no el espacio. El espacio no es nada, y porque no es nada este no puede realmente ser habitado en absoluto.

¿Cómo es que llegamos a semejante concepto abstracto y rarificado para describir el mundo en que vivimos? Mi discusión apunta a que es el resultado de una operación de una lógica particular que tiene su centro en la estructura del pensamiento moderno. La llamo la lógica de la inversión (Ingold, 1993). Lo que hace, en pocas palabras, es convertir los caminos en los que la vida es vivida

* Versión original: "Against Space: Place, Movement, Knowledge". Publicado en *Boundless worlds: an anthropological approach to movement*, 2011. Reproducido con permiso de Berghahn Books.

Este artículo fue traducido por Florencia Boasso y Michael Uzendosky (FLACSO Ecuador).

** Antropólogo e intelectual británico. Su primer trabajo de campo lo desarrolló entre los pastores de renos en Siberia, logrando crear una perspectiva teórica de inmensa creatividad. Su relevancia en la actualidad radica en entender la condición humana y al ser humano en su contexto antropológico, uno de los puntos fundamentales de Ingold es la de eliminar la noción de que el ser humano nació moderno.

dentro de límites en los que quedan encerrados. La vida, de acuerdo con esta lógica, es reducida a la propiedad interna de las cosas que ocupan el mundo pero que, propiamente dicho, no lo habitan. Un mundo que es ocupado pero no habitado, que está lleno de cosas vivientes, más que de un entretejido de redes de nacimientos, es un mundo de espacio. En lo que sigue, iré mostrando cómo la lógica de la inversión transforma nuestra comprensión: primero del lugar, segundo del movimiento, y tercero del conocimiento. Emplazamiento se transforma en encerramiento, viaje se transforma en transporte, y modos de conocer se transforman en transmisión cultural. Poniendo todo eso junto, somos llevados hacia una concepción peculiar y modular del ser, que es un rasgo saliente de la modernidad, dentro de la que el concepto de espacio es el corolario lógico.

Lugar

No tengo nada contra la idea de lugar. Pienso, sin embargo, que hay algo equivocado en la noción de que los lugares existen *en el espacio*. El hábito persistente de contraponer espacio y lugar, como Doreen Massey reclama, nos lleva a imaginar que la vida es vivida dentro de un torbellino del que la única vía de escape es elevarse y salir de la experiencia real, hacia niveles mucho más altos de abstracción (Massey, 2005: 183). Una y otra vez, los filósofos nos han asegurado que como seres terrenales, sólo podemos vivir y conocer *en* lugares (p.e. Casey, 1996:18). Yo no vivo, sin embargo, en la sala de estar de mi casa. Cada día ordinario me traslado entre la sala de estar, el comedor, la cocina, el baño, el dormitorio, el escritorio y así, además del jardín. No me quedo confinado en mi casa, sino que viajo diariamente a mi lugar de trabajo, a las tiendas y a otros lugares comerciales, mientras mis niños van a la escuela. A esto los filósofos del lugar responden que, por supuesto, los lugares existen como las muñecas rusas, en muchos niveles de series anidadas, y que sea cual sea el lugar que uno pueda elegir, a él se le aplica la calidad de contenedor de un número de lugares de menor nivel, al lado de otros lugares de su nivel, contenidos dentro de un lugar de nivel mayor. Por lo tanto mi casa es un lugar que contiene pequeños lugares comprendidos por los cuartos y el jardín y es contenido dentro del espacio mayor de mi vecindario y del pueblo. Como J.E. Malpas escribe, “los lugares están siempre abiertos a revelar otros lugares dentro de ellos, mientras desde dentro cualquier lugar particular puede mirar hacia afuera para encontrarse a sí mismo dentro de uno de mucha mayor envergadura (como uno puede ver desde el cuarto de la casa en el que uno vive)” (1999: 170-71).

¡Solamente un filósofo puede mirar desde su sala de estar y ver su casa completa! Para sus residentes comunes, la casa o departamento se va revelando procesionalmente, como una serie temporal de perspectivas, oclusiones y transiciones desplegadas a lo largo de la miríada de caminos que ellos tomen, de cuarto en cuarto y de una a otra puerta, tal como ellos van a lo largo de sus tareas diarias. Malpas, sin embargo, describe la salida desde su cuarto a su departamento, de su departamento a su edificio y del edificio al vecindario en la ciudad en la que vive como si pensara que cada paso de su camino no fuera un trayecto a lo largo de, sino *hacia arriba*, de nivel en nivel, desde espacios pequeños y más exclusivos a otros más grandes e inclusivos. Y mientras más él sube, tanto más alejado se siente del fundamento del lugar y más atraído por un sentido abstracto del espacio. Inversamente, al viaje de regreso al hogar lo toma como un movimiento descendente, a través de niveles, desde el espacio de regreso al lugar (1999:71). Cada nivel, aquí, es como una línea en una dirección que permite al cartero eventualmente entregar la carta dentro del buzón en el nivel bajo en el que se encuentra apostado. Cuando la carta baja hacia la puerta de entrada del filósofo es como si también bajara un nivel, desde la calle hasta la casa. Y cuando él la recoge y la lleva a través de su *living* (o da lo mismo decir su cocina), baja incluso a otro nivel. Aunque en realidad la carta llegó a sus manos por haber sido vinculada en una red de trayectos que se han tocado entre sí en varios lugares a lo largo del camino, tales como el buzón, la oficina de correos y cosas así, la impresión es que su transporte se la ha traído “abajo”, a través de una refinada escala progresiva del espacio, desde cualquier parte a alguna parte, o desde el espacio al lugar.

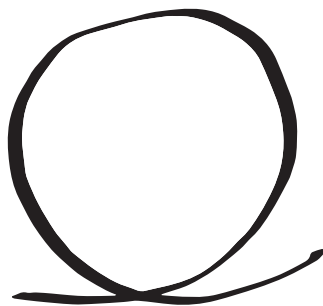
Abriendo la carta en su *living room*, él puede detenerse a reflexionar sobre cómo los conceptos de “vida” y “cuarto” han venido a aunarse en la denominación de esa área de su casa. En inglés vernacular la palabra “cuarto”, en este contexto, simplemente significa una parte interior del edificio encerrado dentro de paredes, piso y techo. Y *living* significa un lugar de actividades comunes dentro de la casa que pueden asumir los ocupantes de ese cuarto particular. Pero como Kenneth Olwig ha señalado, cuando la “vida” y el “cuarto” son unidos en alemán, eso implica un concepto completamente diferente, propiamente “*lebensraum*” (Olwig, 2002:3). Aquí el significado de la vida está cercano a lo que el filósofo Martin Heidegger identificó como el sentido fundacional de la vivienda: no la ocupación de un mundo ya construido, sino el proceso de habitar la tierra. La vida, en ese sentido, es vivida al aire libre, más que contenida en estructuras del ambiente construido (Heidegger, 1971). De allí también que el “cuarto” del “*lebensraum*” no está cerrado sino abierto, y proporciona la libertad para crecer y moverse. No tiene paredes, solo horizontes que se abren progresivamente al viajero conforme

va pasando por el sendero; no tiene piso, solamente el suelo bajo sus pies; no tiene techo, solamente el cielo pesando sobre su cabeza.

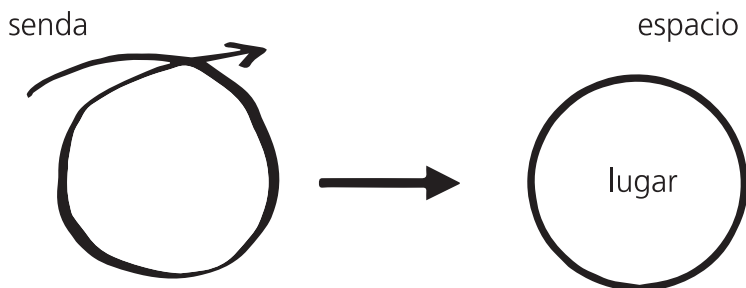
Mi razón para esta digresión sobre el significado de “cuarto” es abordar un peculiar problema de traducción. El alemán “raum” o su pariente “rum” en las lenguas escandinavas es en el presente el equivalente aceptado del concepto anglo americano de espacio. Aún cuando sus connotaciones están lejos de ser idénticas. En inglés “espacio” y “cuarto” son completamente distintos, donde cuarto es concebido como un compartimiento que contiene vida altamente localizado, dentro de la totalidad ilimitada del espacio. Sin embargo parece que su traducción como “espacio”, “raum”/“rum” nunca pierde enteramente el sentido de contención o encierro que corrientemente acompaña la noción de lugar. Quizás es por eso que, como sugiere Olwig, una geografía que tiene sus raíces en las tradiciones intelectuales de los países nórdicos y Alemania frecuentemente hace correr juntos espacio y lugar. En el concepto moderno de “raum”/“rum”, pareciera que las dos connotaciones contradictorias de apertura y encierro, de espacio absoluto y cuarto confinado (Olwig 2002: 7) están combinadas. Fue esta duplicidad la que permitió al propagandismo nazi, avanzada la Segunda Guerra Mundial, aprovecharse de la noción de “lebensraum” como justificación para la expansión ilimitada, al mismo tiempo que de la autosuficiencia dentro de los límites de la nación germana.

Incluso el propio Heidegger, cómplice en esa empresa, pensaba al “raum” como algo claro para la vida que tenía sin embargo sus límites. Pero inmediatamente iba a la explicación de que esos límites no eran una frontera sino un horizonte, “no algo que pudiera detener sino... desde lo que algo comenzaba su presencia” (Heidegger 1971: 154). Parece que en la transición desde su antiguo sentido de claridad, apertura o “abrirse paso”, al oxímoron moderno de “espacio y lugar”, el concepto “cuarto” ha sido llamado a realizar la trampa de la inversión, virando desde la morada abierta a lo largo del sendero, a una cápsula cerrada para la vida, suspendida en el vacío. La idea de que los lugares están situados en el espacio es producto de esa inversión y no está previamente determinada. En otras palabras, lejos de ser aplicado a dos aspectos opuestos y aún complementarios de la realidad —el espacio y el lugar—, el concepto de “cuarto” (room) está implicado centralmente en la configuración de la distinción entre ambos. Esta no es una distinción que sea inmediatamente reconocible a nuestra experiencia, la que como ahora estoy argumentando, se basa en las vidas que no están nunca exclusivamente aquí o allí, vividas en este espacio o aquél, sino que siempre van de un lugar a otro.

Déjenme introducir el argumento mediante un simple experimento. Tome un pedazo de papel y un lápiz y dibuje un tosco círculo. Puede parecer algo como esto: ¿Cómo podríamos interpretar esta línea? Estrictamente hablando, es el trazo deja-

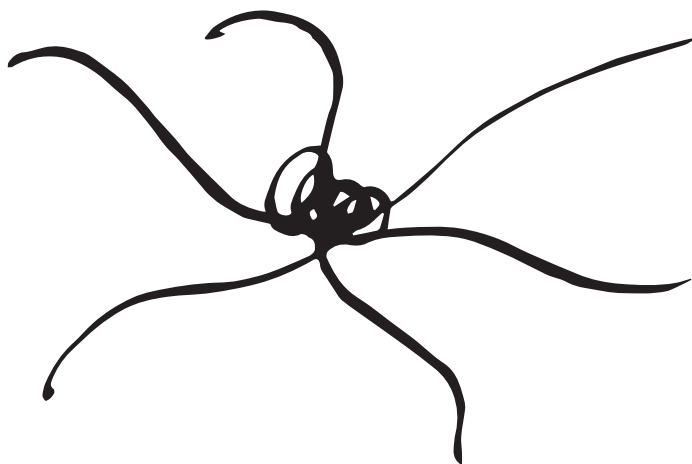


do por el gesto de su mano que ha sostenido el lápiz, está posado en el papel y da una vuelta antes de continuar su camino a donde sea que pueda ir y donde sea que pueda hacerlo de nuevo. Sin embargo, viendo la línea como una totalidad, recién dibujada sobre la página, podemos estar más inclinados a interpretarlo de manera completamente diferente: no como una trayectoria de movimiento sino como un perímetro estático, delineando la figura de un círculo contra un plano vacío. Del mismo modo, tendemos a identificar trazos de movimientos de circulación que conducen a un lugar existente, con límites que demarcan ese lugar desde su espacio circundante. Sea sobre el papel o sobre el suelo, los trayectos o los senderos a lo largo de los cuales avanzamos son percibidos como límites dentro de los que son contenidos. Ambos casos ejemplifican cómo trabaja la lógica de la inversión, transformando el modo de “pasar” por la senda, a un lugar contenido en el espacio. Esto se ilustra abajo



Mi opinión es que las vidas no están dirigidas dentro de un lugar, sino a través, alrededor hacia y desde él, desde y hacia lugares en cualquier parte (Ingold 2000:229). Usaré el término *caminante* para describir la experiencia encarnada de este movimiento ambulatorio. Es como caminantes, entonces, que los seres humanos ha-

bitamos la tierra. Por lo mismo, la existencia humana no está fundamentalmente *restringida* a un lugar, como Christopher Tilley (1994: 25) sostiene, sino *amarado* a un lugar. Esta se despliega no en lugares sino a lo largo de las caminos o rutas. En el proceso a lo largo de esa trayectoria, cada habitante hace una senda. Donde los habitantes se reúnen, los caminos se entrelazan, como la vida de cada uno está atada a la del otro. Cada entrelazamiento es un nudo, y cuanto más las líneas de la vida se entrecruzan, mayor la densidad del nudo.



Los lugares, entonces, son como nudos, y los hilos con los que están atados son líneas de caminantes (*wayfaring*). Una casa, por ejemplo, es un lugar donde las líneas de sus residentes están fuertemente tejidas entre sí. Esas líneas están tan contenidas dentro de la casa, como lo están los hilos dentro del nudo. Ellas más bien dejan una huella que se extiende más allá, solo para quedar atrapadas con otras líneas en otros lugares, como sucede con los hilos en otros nudos.

Juntos ellos hacen lo que llamaré una *malla de red* (*meshwork*). Tomo prestado el término de Henri Lefebvre, quien habla de los “patrones reticulares dejados por los animales, tanto salvajes como domésticos, y por la gente (dentro y alrededor de las casas del barrio, del pueblo, como de los pueblos vecinos)”, juntos crean la textura del mundo. Atrapado en esas redes, el ambiente construido es más *arqui-textural* que *arquitectural* (Lefebvre 1991:117-18).

Los lugares, entonces, son delineados por el movimiento, no por los límites externos al movimiento. De hecho, es por esa precisa razón que he elegido referirme a

la gente que frecuenta los espacios como “habitantes” antes que “locales”, y por eso puede ser erróneo suponer que esa gente está confinada dentro de un lugar particular o que su experiencia está circunscrita por horizontes restringidos, o una vida vivida solo allí dentro. Los habitantes pueden de hecho haber viajado extensamente, como descubrió David Anderson por ejemplo, en su trabajo de campo entre los pastores de renos Evenki en Siberia. Cuando preguntó a su anfitrión sobre la localización de las tierras originarias de su clan, él le respondió que en el pasado la gente viajaba –y vivía– no en “alguna parte”, sino en “todas partes”. En el pasado los pastores Evenki no vivían en el espacio sino más bien en el lugar. Tuvimos una ilusión producto de nuestras convenciones cartográficas que nos permitió imaginar la superficie de la tierra dividida dentro de unas áreas mosaico, cada una ocupada por una nación con nombre o grupo étnico. ¡Sobre un mapa dibujado de acuerdo con esas convenciones, unos pocos miles de Evenki aparecen ocupando un área de casi el doble del tamaño de Europa! Los Evenki, sin embargo, no ocupaban su país, lo habitaban. Y mientras que la ocupación es en área, la habitación es lineal. Es decir, requiere que la gente no *atraviese* la superficie de la tierra, sino que *transite* los caminos que la llevan de un lugar a otro. Desde esta perspectiva de los habitantes, por lo tanto, “todas partes” no está en el espacio. Esta es la malla (*meshwork*) de senderos entrelazados por la que la gente lleva adelante su vida. Mientras uno esté en el camino, está siempre en alguna parte. Pero cada “alguna parte” está en el camino hacia alguna otra parte. Este es un momento apropiado, por lo tanto para girar desde el lugar hacia el movimiento. ¿Cómo ha sido transformada nuestra comprensión del movimiento por la lógica de la inversión?

Movimiento

En su contemplación del Ártico en *Playing Dead* (1989), el escritor canadiense Rudy Weibe compara la comprensión del movimiento y el viajar sobre la tierra o el mar congelado de los nativos Inuit, con el de los marineros de la Marina Real en su búsqueda del pasaje marítimo a Oriente por el elusivo Paso del Noroeste. Para los Inuit, tan pronto una persona se mueve, comienza una línea. Para cazar un animal o para encontrar a otro ser humano que puede estar extraviado, dejas una línea de huellas a través de la inmensidad, buscando señales de otra línea de movimiento que pueda llevarte a tu objetivo. De modo que todo el país es percibido como una malla de líneas, antes que como un espacio continuo. Los marineros británicos, sin embargo, “acostumbrados al mar sin caminos, fluido, se movían en términos de área” (1989: 16). El buque, aprovisionado para la travesía antes de zarpar, era concebido como un punto en movimiento sobre la superficie

del mar, su posición siempre se establecía por la latitud y la longitud. Nosotros ya hemos encontrado esta diferencia entre el movimiento lineal a lo largo de caminos de viaje y el movimiento lateral *a través* de una superficie, en nuestra comparación entre “todas partes”, con habitación y ocupación respectivamente. Me he referido al movimiento en el primer caso como el del *caminante* (*wayfaring*). Al movimiento de la segunda clase lo llamo *transporte*. Ahora mostraré que la inversión que representa el mundo habitado como espacio, también convierte al caminante dentro del transporte.

El caminante está continuamente en movimiento. Más estrictamente el *es* su movimiento. Como con los Inuit presentados en el ejemplo anterior, el caminante es inmediato al mundo como una línea de viaje. Esta es una línea que avanza desde la punta mientras él presiona en un proceso continuo de crecimiento y desarrollo, o de autorenovación. A medida que avanza, sin embargo, el caminante tiene que sostenerse a sí mismo tanto perceptual como materialmente, mediante un compromiso activo con la tierra que se despliega ante su paso¹. Aunque de vez en cuando debe detenerse para descansar y puede incluso regresar repetidamente al mismo lugar para hacerlo, cada pausa es un momento de tensión que —como si retuviera la respiración— se torna aún más intenso y menos sostenible mientras más tiempo pasa. De hecho, el caminante no tiene un destino final; donde sea que esté, y tan larga como sea su vida, hay otro lugar al que puede ir.

El transporte, por el contrario, es esencialmente un destino orientado (Wallace, 1993: 65-66). No hay demasiado desarrollo en un estilo de vida que cruza de estancia en estancia, de personas y bienes, que mantiene su naturaleza sin afectar. En el transporte, el viajero no se mueve él mismo. Más bien es movido, transformado en un pasajero en su propio cuerpo, si no lo es en algún buque que puede extender o reemplazar los poderes de propulsión del cuerpo. Mientras está en tránsito, tiene sus restos encerrados dentro de su buque, dibujando los propios suministros para su sostenimiento y celebrando el curso predeterminado. Sólo al llegar a su destino, y cuando piensa que el transporte se ha interrumpido, es cuando el viajero comienza a moverse. Pero este movimiento, confinado dentro de un lugar, está concentrado en un punto. Es por eso que los mismos lugares donde el habitante que camina se detiene a descansar son, para el pasajero transportado, sitios de ocupación. Entre los sitios, él apenas roza la superficie del mundo.

Un segundo experimento puede servir para iluminar el contraste. Tome su lápiz nuevamente y, esta vez, dibuje una línea continua libre hecha a pulso. Como el cír-

1 Basado en el trabajo de campo entre los Inuit de Igloodik, Claudio Aporta escribe que viajar no es una actividad transicional de un lugar a otro, sino un modo de ser... Uno se encuentra con otros viajeros, los niños nacen, y se caza, se pesca y se realizan otras actividades de subsistencia (Aporta, 2004: 13).

culo que usted dibujó antes, la línea permanece como el trazo de su gesto manual. En la memorable frase del pintor Paul Klee, su línea se ha ido a caminar (Klee, 1961:105).



Pero ahora quiero que dibuje una línea de puntos. Para hacerlos usted tiene que acercar su lápiz hasta entrar en contacto con el papel en un punto predeterminado y entonces hacer una pequeña pirueta allí para formar el punto. Toda la energía y todo el movimiento está focalizado abajo, en el punto, casi como si usted estuviera en un agujero. Entonces usted tiene que mover su lápiz por el papel y cruzar al siguiente punto donde hará lo mismo y así sucesivamente hasta que usted haya marcado el papel con una serie de puntos.



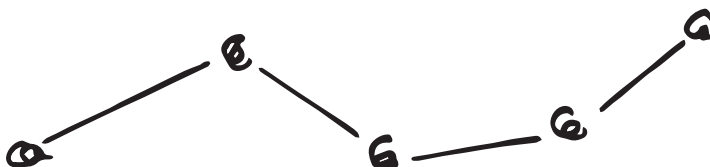
¿Pero dónde, en esa serie, está la línea? No se ha generado como un movimiento, ni siquiera como el trazo de un movimiento, desde que todo el movimiento es en puntos. Cualquiera sea el movimiento que usted pueda hacer entre cada uno sirve solamente para llevar la punta de su lápiz de un punto al siguiente, y es completamente incidental para la línea en sí misma. Durante esos intervalos el lápiz está inactivo, fuera de uso. De hecho usted puede incluso descansar en su escritorio por cualquier cantidad de tiempo antes de tomarlo nuevamente y retornar a la superficie del papel.

La línea de puntos, en resumen, no está definida por un gesto sino como una secuencia conectada de puntos fijos. Ahora, como en un dibujo en el que la línea es trazada por un movimiento de sus manos, del mismo modo el caminante en sus deambulaciones dibuja una marca sobre la tierra en forma de rastros, senderos y huellas. Por eso, al escribir sobre los Walbiri –un pueblo indígena del Desierto Central de Australia–, Roy Wagner señala que “la vida de una persona es la suma de sus huellas, la inscripción total de sus movimientos, algo que puede ser rastreado a lo largo de la tierra” (Wagner, 1986: 21). La lógica de la inversión, sin embargo,

convierte cada huella o sendero en el equivalente de una línea de puntos, dividiéndola primero en tramos,



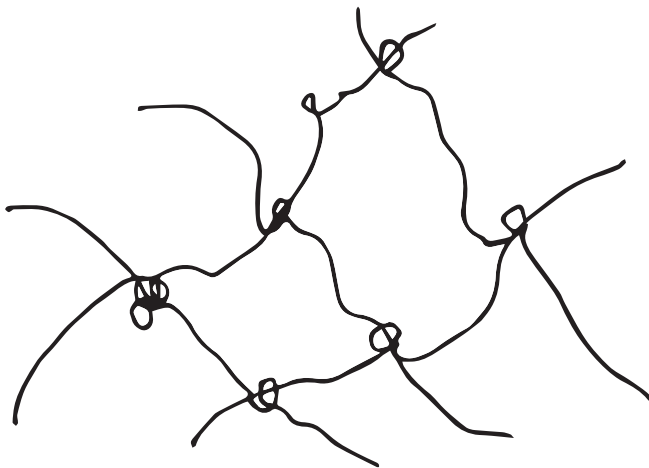
y luego enrollando y empaquetando cada tramo dentro de los confines de un destino.



Las líneas enlazan esos destinos. Como en las de un mapa de carretera o aéreo, no son trazos del movimiento, sino conectores de punto a punto. Esas son las líneas del transporte. Y mientras el caminante afirma su presencia en la tierra con la creciente suma de sus senderos, el pasajero transporta su firma sobre él mientras se transporta de un lado a otro. Donde sea que él pueda estar, debe ser capaz de replicar este gesto en miniatura, altamente condensado, como una marca de su identidad única e inmodificable. Una vez más encontramos la lógica de la inversión trabajando aquí, transformando los caminos por los cuales la gente conduce sus vidas en propiedades internas de los individuos auto-contenidos, limitados. Siempre que el individuo es requerido a firmar sobre la línea de puntos, esta inversión es representada. Un ocupante de cualquier lugar y un habitante de ninguna parte, el firmante declara por ese acto su lealtad al espacio.

Como ya he sugerido, la ocupación se hace en áreas mientras que habitar es lineal. Se entiende que los varios destinos son vinculados en un sistema de transporte para ser distribuidos sobre una superficie isotrópica, cada ubicación especificada por coordenadas globales. Las que conectan esos destinos comprenden una red que se extiende cruzando la superficie y “atrapada” por cada uno de esos nodos. Para el

caminante (wayfarer), sin embargo, el mundo no se presenta como una superficie a ser recorrida. En sus movimientos, él enhebra su camino *por* este mundo más que encaminarse *a través* de él, de un punto a otro. Por supuesto el caminante es un ser terrestre, y debe forzosamente viajar sobre la tierra. Las superficies de la tierra, sin embargo están *en* el mundo, no son *del* mundo (Ingold, 2000: 241). Y tejidas dentro de la misma trama de esas superficies están las líneas de crecimiento y movimiento de los habitantes. Lo que ellas forman, como ya hemos visto, no es una red de conexiones entre puntos, sino una enredada malla de tejidos entrelazados y complejamente anudada por hilos. Cada hilo es una forma de vida, y cada nudo un lugar. De hecho es algo como una red en su sentido original, de una tela de malla de cuerdas entrelazadas o anudadas. Pero por su extensión metafórica a los reinos del transporte moderno y las comunicaciones, y especialmente la tecnología de la información, el sentido de “la red” ha cambiado². Nosotros estamos ahora más inclinados a pensarla como un complejo de puntos interconectados que como líneas entretejidas. Por esta razón encuentro necesario distinguir entre la *red* de transporte y la *mall*a del caminante. La clave de esta distinción está en el reconocimiento de que las líneas de la malla no están conectadas. Ellas son los senderos *a lo largo* de los cuales la vida es vivida. Y es en las ataduras entre las líneas, no en la conexión de los puntos, en que la malla se constituye.



2 Para mí, como usuario relativamente inexperto, navegar en el internet es materia de una activación de secuencias de vínculos que me llevan, casi instantáneamente, de sitio a sitio. Cada vínculo es un conector, y la web misma es una red de sitios interconectados. Viajar por el ciberespacio, así, se parece al transporte. Los usuarios expertos, sin embargo, me dicen que ellos “surfean” la red, ellos siguen senderos como los caminantes, con ningún destino particular en mente. Para ellos, la web puede parecer más como un enredo que una red. Cómo, precisamente, ellos pueden entender “movimiento” por la internet es una cuestión interesante, pero está más allá del ámbito de este capítulo, y ciertamente más allá de mi propia competencia, para abordarlo aquí.

He argumentado que el del caminante es nuestro modo fundamental de ser en el mundo. ¿Esto significa que la posibilidad de un transporte genuino está a la par, sino de un sueño, de la ilusión de que los lugares que este conecta están fijados en el espacio? Si es así, entonces debemos también reconocer que las sociedades metropolitanas modernas han hecho mucho para volver este sueño realidad. Ellas han creado sistemas de transporte que se extienden por el globo en una vasta cadena de conexiones de destino a destino. Y ellas han convertido el viaje, de una experiencia de movimiento en la que la acción y la percepción están íntimamente acopladas, a una inmovilidad forzada y a una privación sensorial. El pasajero, atado a su asiento, ya no tiene la percepción del “alrededor”, de la tierra que se extiende sin interrupción desde el suelo bajo sus pies hasta el horizonte. Más bien aparece como un escenario proyectado sobre pantallas verticales, más o menos distantes, que simulan diapositivas que pasan de una a otra debido a la operación de paralaje. Este aplanamiento y estratificación del paisaje puede, como Orvar Löfgren ha observado (2000:24), tener mucho más que ver con los efectos de los viajes a velocidad sideral, que con el anclaje de la visión en un lugar fijo. Sin embargo, la esencia de la velocidad puede estar menos en la proporción real de la distancia recorrida por el tiempo transcurrido, que en la desvinculación, en el transporte, de la percepción y la movilidad.

Una vez que la desvinculación ha sido efectuada –esto es, una vez que el movimiento es reducido a un puro desplazamiento mecánico– la velocidad del transporte puede, en principio, ser incrementada indefinidamente. Idealmente esto puede tomar muy poco tiempo. Esto es porque las líneas de las redes de transporte, confluyen en un continuum de espacio, carente de duración. Por los puntos conectados de una red, o “unión de puntos”, el posible viajero puede llegar *virtualmente* a su destino, aún antes de establecerlo. Como un artefacto cognitivo o montaje, el plan de ruta preexiste a su puesta en acto física. Aun cuando en la práctica lleva tiempo llegar allí, incluso por medios veloces. El transporte perfecto es imposible por la misma razón que uno no puede estar en dos lugares, ni de hecho en todas partes, simultáneamente. Como todo viaje es movimiento en tiempo real, una persona nunca puede ser completamente la misma en el lugar de destino que cuando partió: algún recuerdo de la jornada, aun cuando atenuado, permanecerá, y a su vez condicionará su conocimiento del lugar. Podemos desear que fuera de otro modo: es así que se les aconseja rutinariamente a los investigadores no permitir que las penurias que supone obtener acceso al campo se inmiscuyan con sus observaciones, para que esto no distorsione la recolección de datos y comprometa su objetividad. Pero la objetividad total es tan imposible como el ideal del transporte perfecto. No podemos ir de un lugar a otro del mundo a

grandes saltos. O, en las sabias palabras de la canción de cuna *Vamos a la caza de un oso*, “No podemos pasar por arriba de ella, no podemos pasar por abajo de ella, ¡oh, no!, tenemos que ir a través de ella”.

Conocimiento

Un grupo de científicos ha expuesto su investigación sobre los cambios en la ecología y la hidrología de la tundra del ártico, en particular del Norte de Rusia³. Ellos querían determinar los factores fundamentales de esos cambios, incluyendo el calentamiento global y la polución industrial. Sobre un mapa de la región han trazado una línea recta de doce puntos, espaciadas por intervalos iguales de un centímetro (correspondientes a cincuenta kilómetros en el mapa). Cada uno de esos puntos marca un sitio donde el equipo se propuso recolectar muestras de suelo y agua, registrar la vegetación y tomar cualquier medición necesaria, por ejemplo la acidez del suelo o remanentes de radiación. Como el viaje por tierra es lento y peligroso en esa región, que en verano está llena de mosquitos infectados de las ciénagas, ríos meandrosos sin rumbo, charcos estancados, el grupo debió contratar un helicóptero para transportarlos a ellos y a su equipo de un lugar al siguiente. En efecto, esos viajes aéreos recrean el dibujo a gran escala de la línea de puntos en un mapa. Así como la punta del lápiz ha estado reducida a una sucesión de puntos a fin de marcar la superficie del papel del mapa, del mismo modo el helicóptero con su carga de científicos e instrumentos se “deja caer” de un sitio a otro, permitiéndoles tomar sus lecturas sobre la superficie actual de la tundra. Aún cuando pueda ser de otra manera para el piloto, quien tiene que guiar la máquina al lugar preciso y encontrar un lugar adecuado para aterrizar, en la medida en que los científicos están preocupados por su transporte en helicóptero, su actividad primaria de recolección de datos está completamente subordinada. De hecho, mientras el piloto, un habitante de la región, está preocupado por encontrar el lugar para su próximo aterrizaje, los científicos tienen poco más que hacer que admirar la vista desde la ventanilla. Solamente cuando el piloto toma un descanso, los científicos pueden continuar con el trabajo de hacer sus observaciones.

3 El ejemplo que sigue está ligeramente basado en un proyecto del que participé marginalmente. Este fue el proyecto financiado por los Estados Unidos TUNDRA (por sus siglas en inglés de Degradación de la Tundra en el Ártico Ruso), que se llevó a cabo por tres años desde 1998 a 2000, coordinado por la Universidad del Ártico Central de Laponia. El proyecto presenta una evaluación de la retroalimentación del ártico ruso al sistema climático global, a través de los cambios por las emisiones de los gases invernadero y las pérdidas de agua dulce, y la comprensión de las relaciones entre cambio climático, ciclos del carbón e hidrológicos, polución industrial y conciencia social. El estudio se llevó a cabo en la cuenca del río Usa, en el noreste de la república de Komi, justo al oeste de los Montes Urales.

En este ejemplo, los datos se están recolectando de una serie de locaciones fijas. Para el grupo de científicos esas locaciones comprenden un transecto de mil kilómetros que corta a través de la superficie de la tierra. Pero el transecto no es un camino: no es el rastro de un movimiento sino una cadena de conexiones punto a punto. Unidas por esas conexiones, las locaciones constitutivas del transecto están –podríamos decir– integradas *lateralmente*. Pero ¿qué de los datos obtenidos? Todo dato es una “cosa dada”, un hecho. Aún cuando descubierto entre los contenidos de un lugar, *dónde* está, o cómo fue a llegar allí, no forma parte de lo *qué* es. Como un ejemplo o espécimen, cada hecho es considerado como algo de una clase. Y su significado no radica en el relato de su descubrimiento sino en su yuxtaposición y comparación con hechos de una clase similar –o cuyas propiedades intrínsecas pueden ser medidas con el mismo patrón– que fueron recolectados en otros sitios. Por lo tanto, el trabajo de campo de la temporada está completado, los miembros del equipo enviarán los datos que han recogido a sus respectivos laboratorios, donde alimentarán una base de datos que, a su vez, les permitirá buscar correlaciones sistemáticas con las cuales poder predecir modelos de cambio del ecosistema y climáticos. Los datos, en efecto, son transmitidos “hacia arriba” para el análisis, donde alimentan marcos progresivamente más grandes y en última instancia universales. En la construcción de una base de datos, en su clasificación y tabulación, los científicos encuentran –podríamos decir– que están *verticalmente* integrados. A través de ese proceso de integración, se produce el conocimiento.

En definitiva, a las locaciones geográficas lateralmente integradas, les corresponde una clasificación integrada verticalmente de las cosas encontradas allí. Las primeras están encadenadas a redes de conexiones punto a punto, las últimas por las agregaciones taxonómicas y las divisiones de la base de datos. Pero ¿qué del conocimiento de los habitantes? ¿Cómo es integrado *eso*? Consideremos el piloto del helicóptero de nuestro ejemplo. Ha acumulado una buena cantidad de experiencia de vuelo en aquellas partes. A diferencia de los científicos visitantes, el conoce el terreno y cómo encontrar su camino bajo condiciones climáticas variables. Pero ese conocimiento no deriva de las locaciones. Proviene en cambio de una historia de vuelos previos, de despegues y aterrizajes, y de incidentes y encuentros en la ruta. En otras palabras, ha sido forjado en el *movimiento*, “en el paso de lugar a lugar y el cambio de horizontes a lo largo del camino” (Ingold, 2000: 227). Por eso, como habitante, el conocimiento geográfico del piloto no está lateralmente integrado, del mismo modo que los lugares para él no son locaciones espaciales, ni están unidas por conexiones punto a punto. Son más bien *temas*, que se suman a los escritos en diarios de viajeros. Su conocimiento de las cosas no está verticalmente integrado. Para el habitante las cosas que conoce no son hechos. Un hecho simplemente existe.

Para los habitantes, las cosas no tanto existen como *ocurren*. Puestas en la confluencia de acciones y respuestas, no son identificadas por sus atributos intrínsecos sino por los recuerdos que pueden convocar. Por eso las cosas no son clasificadas como hechos o tabuladas como datos, sino narradas como historias. Y cada lugar, como una reunión de cosas, es un nudo de historias.

Los habitantes, en pocas palabras, saben como ir, en su viaje *por* el mundo a lo *largo* de su ruta. Lejos de estar subordinado a una colección de datos punto a punto que deben ser aprobados para su posterior procesamiento como conocimiento, el movimiento es en sí mismo el modo de conocer del habitante. He rastreado en el vocabulario inglés para encontrar una palabra, gramaticalmente equivalente a lateralmente y verticalmente, que pueda transmitir ese sentido de conocer “a lo largo” más que “a través” o “sobre”. Pero no hallé nada. Tengo entonces que recurrir a un neologismo raro. El conocimiento del habitante –podríamos decir– está integrado *enlargadamente*⁴. Por eso, en lugar de la complementariedad de una ciencia de la naturaleza verticalmente integrada, y una geografía de la locación lateralmente integrada, el caminante produce un conocimiento integrado *atravesadamente*, práctico, del mundo viviente. Semejante conocimiento ni es clasificado ni tampoco conectado, sino *en-mallado*⁵.

En realidad, por supuesto, los científicos son humanos como cualquier otro. Y también, como cualquiera, son caminantes. Por eso la foto presentada de la práctica científica en el ejemplo de arriba está un tanto idealizada. Corresponde, si ustedes quieren, a la mirada “oficial” de lo que se supone que pasa. En las investigaciones científicas que se conducen actualmente, la investigación de los materiales recolectados en el campo son enviados no hacia “arriba”, sino “a lo largo” al laboratorio, que es, después de todo, sólo otro lugar donde se hace el trabajo. Más aún, no hay marcos unificados dentro de los que las observaciones de toda clase y todos los contextos puedan ser acomodadas. La mayor parte de la labor científica, pareciera, yace en intentar establecer la conmensurabilidad y conectividad que permita traducir procedimientos desarrollados y resultados obtenidos en un lugar, para aplicarlos a otro. Como el sociólogo David Turnbull (1991) ha mostrado, el conocimiento científico no está integrado dentro de un gran edificio, sino más bien crece en un campo de prácticas, constituido por los movimientos de los practicantes, aparatos, mecanismos, medidas y resultados de un laboratorio a otro. “Todo conocimiento”, escribe Turnbull, “es como viajar, como un trayecto entre las partes dentro de una matriz” (1991: 35). Así, contrariamente a la visión oficial, lo que vale para el conocimiento del habitante, también vale para la ciencia. En ambos casos, el co-

4 *Alongly* en el original.

5 *Meshworked* en el original.

nocimiento está integrado no a través de datos locales ajustados en abstracciones globales, sino en el movimiento de un lugar a otro, en el caminante. Las prácticas científicas tienen las mismas vinculaciones (pero no las mismas ataduras) que las prácticas de los habitantes. La ciencia también es en-mallada.

Esta es, por supuesto, la lógica de la inversión que coloca a los fundamentos epistemológicos de la ciencia oficial transformando sucesos en hechos discretos, autónomos, y ellos adquieren lugar mediante la ocupación de lugares cerrados. Más aún, la misma lógica sustenta la visión ortodoxa del conocimiento del habitante como una clase de ciencia “al revés” que no trabaja a través de la *exportación* de datos observacionales de lugares específicos para el procesamiento de datos en altos niveles, sino a través de la *importación* hacia adentro de un sistema de conceptos y categorías para ordenar los datos de la experiencia. Se supone que esos conceptos y categorías no son tanto “construidos” como “transmitidos”, ya hechos, parte de una tradición recibida. Así pues, los lugares son construidos como contenedores para personas, por ende esa gente –o sus mentes– viene a ser vista como contenedores de los elementos de la tradición que ha pasado a ellos desde sus ancestros, y que ellos a su vez pasarán a sus descendientes. Es por eso que el conocimiento tradicional tan frecuentemente es asumido como local. Es conocimiento en las mentes de la gente local –y por tanto *localizado*– (Ingold y Kurttila, 2000:194). Convencionalmente, este conocimiento adquiere el nombre de cultura. Es convencional, también, contrastar cultura y ciencia, la que –debido a que está fundada en la exportación de datos más que en la importación de un esquema para organizarlos– reclama un alcance global, y apela a principios de análisis racional de alcance universal. De allí que la cultura parece estar en un lugar y la ciencia en el espacio. La misma operación lógica que bifurca al cuarto dentro del lugar y el espacio, bifurca también al conocimiento dentro de la cultura y la ciencia.

Esta operación, para concluir, convierte gradualmente la expansión del conocimiento del habitante a lo largo de los múltiples caminos de la red, en un relleno para las capacidades de la mente con un contenido cultural. La conversión es efectuada a través de un proceso doble que Paul Nadasdy (1999) ha llamado “destilación” y “compartimentación”. La destilación rompe los vínculos que unen cualquier suceso a su contexto nativo; la compartimentación inserta las entidades y eventos así deslindados en diversos grupos de clasificación. En este sentido, el conocimiento del caminante integrado enlargadamente es forzado dentro del molde de un sistema integrado verticalmente, cambiando los modos a lo largo de los cuales la vida es vivida dentro de límites categoriales con los cuales es constreñida. Las historias se transforman en repositorios de información clasificada; el caminante se convierte en la aplicación de una ciencia ingenua. He argumentado,

al contrario, que el conocimiento del habitante no se forja ajustando los datos de la observación dentro de compartimientos de una clasificación dada, sino a través de las historias del caminante. Desenmarañar la red y reunir los fragmentos resultantes sobre la base de sus similitudes y diferencias intrínsecas, es destruir sus verdaderos significados y coherencia. Más que tratar a la ciencia y la cultura como opositoras equivalentes –alineadas en cada lado por una división arbitraria entre espacio y lugar, y entre razón y tradición– la mejor manera de superarlo –sugiero– puede ser reconocer que el conocimiento científico, tanto como el conocimiento de los habitantes, está generado dentro de las prácticas del caminante. Para los científicos que son gente también, y para los habitantes del mismo mundo como del resto de nosotros.

Bibliografía

- Anderson, D. (2000). *Identity and Ecology in Arctic Siberia*. Oxford: Oxford University Press.
- Aporta, C. (2004). "Routes, Trails and Tracks: Trail Breaking among the Inuit of Igloodik", *Études/Inuit/Studies* 28(2): 9-38.
- Casey, E. S. (1996). "How to get from Space to Place in a Fairly Short Stretch of Time: Phenomenological Prolegomena", in S. Feld and K. H. Basso (eds.), *Senses of Place*. Santa Fé, NM: School of American Research Press, pp. 13-52.
- Heidegger, M. (1971). *Poetry, Language, Thought*, trans. A. Hofstadter, New York: Harper and Row.
- Ingold, T. (1993). 'The Art of Translation in a Continuous World', in G. Pálsson (ed.), *Beyond Boundaries: Understanding, Translation and Anthropological Discourse*. Oxford: Berg, pp. 210-30.
- _____. *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. London: Routledge.
- Ingold, T. and T. Kurttila (2000). 'Perceiving the Environment in Finnish Lapland', *Body and Society* 6: 193-96.
- Klee, P. (1961). *Notebooks, Volume 1: The Thinking Eye*. London: Lund Humphries.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*, trans. D. Nicholson-Smith. Oxford: Blackwell.
- Löfgren, O. (2000). 'Motion and Emotion: The Microphysics and Metaphysics of Landscape Experiences in Tourism', in A. Hornborg and G. Pálsson (eds.), *Negotiating Nature: Culture, Power, and Environmental Argument*. Lund: Lund University Press, pp. 17-35.

- Malpas, J. E. (1999). *Place and Experience: A Philosophical Topography*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Massey, D. (2005). *For Space*. London: Sage.
- Nadasdy, P. (1999). 'The Politics of TEK: Power and the "Integration" of Knowledge', *Arctic Anthropology* 36: 1-18.
- Olwig, K. R. (2002). 'The Duplicity of Space: Germanic "Raum" and Swedish "Rum" in English Language Geographical Discourse', *Geografiska Annaler* 84b (1): 1-17.
- Tilley, C. (2004). *The Materiality of Stone: Explorations in Landscape Phenomenology*. Oxford: Berg.
- Turnbull, D. (1991). *Mapping the World in the Mind: An Investigation of the Unwritten Knowledge of Micronesian Navigators*. Geelong: Deakin University Press.
- Wagner, R. (1986). *Symbols that Stand for Themselves*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wallace, A. D. (1993). *Walking, Literature and English Culture*. Oxford: Clarendon.
- Wiebe, R. (1989). *Playing Dead: A Contemplation Concerning the Arctic*. Edmonton, Canada: NeWest.